VOCACION RELIGIOSA

DRAMA

en tres actos y original

POR EL

R. P. Angel Seisdedos

(ESCOLAPIO)

CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES

MADRID

Imprenta de las Escuelas Pías

de San Antonio Abad.

1918

VOCACION RELIGIOSA

DRAMA

en tres actos y original

POR EL

R. P. Angel Seisdedos

(ESCOLAPIO)

CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES

MADRID
Imprenta de las Escuelas Pías
de San Antonio Abad.

1918

VOCACION RELIGIOSA

DRAMA EN TRES ACTOS

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
INÉS, hija de los Marqueses	
D. FERNANDO, Marqués	
D.ª SERAFINA, Marquesa	
CONSUELO, amiga de Inés	
LUCÍA, amiga de Inés	
TERESA, doncella de los Marqueses.	
AURORA, doncella de Inés	

La escena se verifica en un salón lujosamente amueblado, en los tres actos del drama.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

CONSUELO y LUCÍA

CONSUELO

No sé lo que habrá de cierto;
se susurra por los calles
que van a tocar a muerto:
no me pidas más detalles.

LUCÍA

Pues ¿quién ha muerto, Consuelo?
¿Se puede saber quién es?

CONSUELO

Se habla de toca y de velo,
y lo dicen por Inés.

LUCÍA

No te entiendo, cara amiga;
no sé qué quieres decir.

CONSUELO

Pues ¿quieres que te lo diga?

Sé que te vas a reir;
anoche me lo contaron
y no lo quise creer,
mas tanto lo confirmaron
que al fin hube de ceder.
Se dice por todas partes
que de uno al otro momento,
no sé si el lunes o martes,
Inés entra en un convento.
¡Quién lo creyera! ¿verdad?

LUCÍA

Pues a mí no me sorprende,
porque allá en la realidad
cada cual con Dios se entiende.
Además, siempre creí
que esa Inés monja sería,
porque inclinada la ví
a la piedad noche y día.
Y aunque al exterior mostraba
un carácter tan jovial,
en privado practicaba
una vida angelical.
Por eso dije al momento,
querida amiga Consuelo,
que esta niña es del convento,
y después es para el cielo.

CONSUELO

¿Porqué frecuentaba, dí,
los salones y paseos,
donde mil veces la ví
en bailes y devaneos?
¿Porqué miraba furtiva

cuando se hallaba en reunión
y estaba provocativa
con el conde don Ramón?
No la creas tan inocente,
ni la defiendas jamás,
porque sé de buena fuente
que andaba siempre detrás
del Conde, que me quería,
y que por mí se pirraba,
que por mí se desvivía
y que por mí suspiraba.
Si hoy aborrece estos suelos,
si se separa del mundo,
es que de mí tiene celos
y su despecho es profundo.

LUCÍA

Por Dios, amiga Consuelo,
no seas nunca temeraria.
Has de hablar con más recelo:
tu opinión es arbitraria:
pues si la viste, en verdad,
frecuentando las reuniones
de la buena sociedad,
si la viste en los salones
que el mundo llama elegantes,
si la viste allí lucir
los trajes y los brillantes,
jamás se pudo advertir
nada en Inés censurable,
y de esto el mundo es testigo,
nada que la haga culpable,
y soy yo quien te lo digo.

Desde su más tierna infancia
todo fué en ella bondad,
todo virtud y constancia,
todo amor y caridad.
Con todos fue siempre afable,
esta es mi firme opinión.
Por eso la viste amable
con el Conde don Ramón
y yo deduzco de aquí
descorriendo ya los velos,
que no tuvo ella de tí
sino tú de ella los celos;
y si quieres saber dónde
y cómo esto yo aprendí,
te diré que el mismo Conde
es quien me lo dijo a mí.
¿Estás conforme, querida?
dime y contesta al momento.

CONSUELO

Por tus razones vencida
de mis juicios me arrepiento.
Si me quieres complacer,
las dos iremos después,
antes del anochecer,
a casa de nuestra Inés
y para mi confusión
postrada ante ella de hinojos
le pediré yo perdón
con lágrimas de mis ojos.
Pero... ¿estoy alucinada?
¿No es ella quien viene allí?
¿No es nuestra Inés adorada?

Es la misma, es ella, sí.

ESCENA II

Las mismas e INÉS.

INÉS

Dios os guarde, amigas mías.

CONSUELO

Bien venida seas, Inés.
¿Por qué tan sola venías?

INÉS

Ya os lo contaré después.

LUCÍA

No tardes mucho en hablar
porque estamos impacientes.
Queremos de tí escuchar
las noticias hoy corrientes.
Por cierto que nos sorprende
que a otras gentes se lo digas
y en cambio no se comprende
lo ocultes a tus amigas.

INÉS

Consuelo amada y Lucía,
nada os quise antes decir
(yo misma no lo sabía),
pues tuve que discurrir
sobre lo que tanto anhelo,
(sólo a vosotras lo digo).
Si era inspiración del Cielo,
o era voz del enemigo,
grande lucha sostenía;
mi alma estaba agitada;
por eso nada os decía,

por eso estuve callada.
Dulcísima voz sonaba
en mi espíritu abatido,
y esa voz me confortaba
en las luchas que he sufrido.
Con amoroso fervor
a mi Dios me encomendaba
y aquella voz interior
hacia el claustro me llamaba.
Y hoy que llamada me siento
con acento bien profundo,
voy a entrar en un convento
y a retirarme del mundo.
Y os diré ya ingenuamente
que sólo anhelo una cosa:
consagrarme al Dios clemente
siendo humilde religiosa.

CONSUELO

Pero, Inés, amiga mía,
tu decisión me da pena;
pues qué, ¿en el mundo no habría
ocasión para ser buena?
Los pobres te quieren tanto,
que llorarán por tu ausencia
pues eras tú el angel santo
que socorría su indigencia.

INÉS

Me causas grande emoción,
querida amiga Consuelo
serán los pobres y son
todo mi encanto, mi anhelo,
por eso, querida mía.

para aliviar su indigencia
les dejo desde este día,
les dejo toda mi herencia.

CONSUELO

Tu lenguaje nos fascina,
Inés, amiga del alma,
y ese Dios, que te ilumina,
te otorgue una dulce calma
y aunque nos causas gran duelo,
y tu ausencia pena tanta,
te dicen Lucía y Consuelo
que eres, Inés, una santa.

INÉS

Gracias por vuestra lisonja
(aunque lo creáis así),
yo seré una humilde monja;
pedid mucho a Dios por mí.
Hasta el cielo, amigas mías,
que allí os espero a las dos.
¡Cuán breves serán mis días!
¡Adios, hasta el cielo, adios!

ESCENA III

(**Inés, arrodillada, se consagra a Dios en presencia de sus amigas**).

Dios de mi vida,
Padre amoroso,
mi Dulce Esposo,
mi Dulce Bien.
Tú eres mi encanto,
mi dulce anhelo,
Tú mi consuelo,
Tú mi sostén.

Dios bondadoso,
yo quiero amarte
y consagrarte
mi corazón.
Solo a Tí quiero;
por Tí suspiro;
por Tí deliro
con ilusión.
Dejo a mis padres
tan cariñosos
y bondadosos
por Tí, mi Dios.
Y solamente
por tu amor Santo,
por Tí, mi encanto,
dejo a los dos.
No los olvides,
dales consuelo,
mi Dios del cielo:
dales tu amor.
Que al desprenderse
de su hija amante
en este instante,
sienten dolor.
Yo dejo el mundo
desde este día,
con alegría
de corazón.
Pues la esperanza
de conocerte
y poseerte
es mi ilusión.

De mis amigas
yo me separo:
dales tu amparo,
tu protección.
Míralas siempre
con indulgencia,
con gran clemencia,
Dios del perdón.
Hoy ya me esperan
las religiosas,
muy fervorosas,
con grande amor.
Por eso quiero
ya en el momento
ir al convento
con gran fervor.
Dios de mi vida,
Luz de mi alma,
dame la calma
de paz hermosa.
Y me reciban
en dulces lazos,
esos tus brazos;
pues soy tu esposa.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

MARQUÉS Y MARQUESA

MARQUÉS

Yo no sé lo que me pasa
en este fatal momento,
pero observo en esta casa
que todo es hoy sufrimiento.
Todo era aquí antes gozar,
reinaba paz y alegría,
era un edén este hogar
pues todo en él sonreía.
Pero... en parte he sido yo
de lo que pasa el culpable,
pues nunca debí ser, no,
no debí ser tan afable,
ni tan fácil en ceder
en lo que Inés pretendía,
pues bien puede suceder

que se arrepienta algún día.
Ella juzga en realidad
que tiene gran vocación.
¿Y no pudiera, en verdad,
engañarla el corazón?
Y también los pocos años
de su tierna juventud,
y entonces. . . ¡qué desengaños
no sufrirá su virtud!
¿Cómo había yo de pensar
cuando dí mi asentimiento
que tanto me iba a costar
su marcha para el convento?
¿Cómo podré resistir
de esta hija amada la ausencia?
No me es posible vivir
privado de su presencia.
¿No podrá ser por ventura,
la niña en el mundo buena?
¿No podrá esta criatura
evitar así la pena
que a los dos aflige tanto,
que nos hace suspirar
y verter amargo llanto
sin poderlo remediar?
Te digo, esposa querida,
te digo, en verdad, marquesa
que me va a costar la vida
y que mucho hoy ya me pesa
el haber yo consentido
que Inés se fuera al convento:
de ello estoy arrepentido:

bien sabe Dios que lo siento.

MARQUESA

También embarga mi alma
hondo pesar este día;
pero pido a Dios la calma
y siento cierta alegría,
que sólo sabré explicar,
en medio de pena tanta,
que he llegado a vislumbrar
que nuestra Inés será santa.
Con el alma dolorida
en lucha, y en grande aprieto,
suspirando y afligida,
confió a mí su secreto:
Me dijo con grande anhelo
que escuchaba en su interior
una voz que era del cielo,
voz suavísima de amor.
De amor celeste y divino
que hacia el claustro la llamaba,
de amor tan puro y tan fino
que su espíritu arrobaba;
y en sublime arrobamiento,
embelesada su alma,
soñaba con el convento
sintiendo plácida calma.
Y que la llama de amor
tan celestial y profundo
le inspiraba grande horror
a los placeres del mundo.
Conserva, esposo querido,
conserva esta idea bien fija:

que el Señor nos ha pedido
la ofrenda de nuestra hija.
De esa niña angelical
que es una dicha, un encanto,
que es una hija ideal,
que es todo amor puro y santo.
Por eso, mi esposo amado,
mitiga ya tus rigores
y vive en Dios confiado
que aliviará los dolores
y temibles amarguras
que embargan en este día
y que llenan de torturas
el alma tuya y la mía
y pues sabes con certeza
que Dios es quien llama a Inés,
y conoces su entereza
no te opongas ya, Marqués,
al divino llamamiento,
a que Inés entre en clausura,
pues causarás gran tormento
a esa hermosa criatura.

MARQUÉS

¡Será posible, en verdad,
que podamos resistir
la espantosa soledad
en que vamos a vivir?
Porque Inés con su presencia
llenaba todo el hogar,
y el vacío de su ausencia
¿quien lo podrá ya llenar?

MARQUESA

Nunca te he visto, Fernando,
tan triste y tan abatido;
nunca he visto vacilando
la fé que siempre has tenido
del cielo en la Providencia;
procura, pues, animarte
de nuestra hija en la ausencia,
que Dios vendrá a consolarte.

MARQUÉS

En medio de mi aflicción,
tus palabras, Serafina,
alivian mi corazón
cual celeste medicina.
Voy a mostrarme propicio
a tus ruegos, y después
voy a hacer el sacrificio
de nuestra querida Inés.

MARQUESA

Es ya, Fernando, la hora
y el momento de partir.

ESCENA II

Los mismos y la doncella 1.ª anunciando la llegada de Consuelo y Lucía.

DONCELLA 1.ª

¿Se puede pasar, señora?

MARQUESA

¿Quién nos viene a interrumpir?

DONCELLA 1.ª

Soy yo, señora Marquesa,
vuestra humilde y fiel criada,

vuestra doncella Teresa
que os anuncia la llegada
de dos amigas queridas
de la señorita Inés.

MARQUESA

Díles que sean bien venidas,
que pasen aquí después;
es Consuelo y es Lucía:
por cierto que me extrañaba
no vinieran este día
en que yo las esperaba.

(Consuelo y Lucía abrazan a la Marquesa y tienden la mano al Marqués.)

CONSUELO

Con su permiso, Marquesa.

MARQUESA

Adelante, amigas mías.
¡Oh, qué agradable sorpresa
entre tantas agonías!

LUCÍA

Y vos, Marqués ¿cómo estáis?

MARQUÉS

Con el alma dolorida,
créo que ya os lo figuráis,
por la triste despedida
de mi hija idolatrada,
de esa que fué vuestra amiga,
de esa Inés tan adorada
a quien Dios siempre bendiga.

CONSUELO

Si bien es cierto, Marqués

que es muy justo el sentimiento
que demostráis por Inés,
tambien os cabe el contento
de que ese ángel no es del suelo,
para el mundo no ha nacido;
esa niña es para el cielo
porque el cielo la ha escogido.

MARQUÉS

Eso dice Serafina
y eso mismo decís vos,
pues todo el mundo así opina,
sea esa niña para Dios.

MARQUESA

Habéis hablado, Fernando
con razonable cordura;
mas... la niña está esperando
para entrar en la clausura.

ESCENA III

Los mismos y la doncella 2.ª anunciando a Inés.

DONCELLA 2.ª

¿Me dais licencia, señora?

MARQUESA

¿La que llama así, quién es?

DONCELLA 2.ª

Es la humilde servidora
de la señorita Inés;
está hermosa, encantadora,
yo la acabo de vestir.
¿Queréis ya verla, señora?

MARQUESA

Ahora mismo voy a ir.

Vamos Consuelo y Lucía
y tú, querido Fernando;
con qué razón yo decía
que Inés estaba esperando;
miradla, que viene allí
con Aurora, su doncella,
la esperaremos aquí.

CONSUELO Y LUCÍA

¡Qué gentil viene y qué bella!

MARQUESA

¡Hija del alma, querida!

(Inés abraza a sus papás y a sus amigas)

INÉS

¡Mamá de mi corazón!
¡Papá dulce de mi vida!
Dadme vuestra bendición.

(Inés se arrodilla, sus papás la bendicen y luego se levanta).

Os hago mucho sufrir;
os causo grande tormento,
por eso quiero partir
a ingresar en el convento.
Perdonad, si os ofendí,
¡oh, padres del alma mía!,
y rogad a Dios por mí,
con fervor, de noche y día.

MARQUÉS

Lo supuse y ya está visto,
¡oh, que terrible momento!
Yo, Dios mío, no resisto
tan horrible sufrimiento.

MARQUESA

También yo sufro igualmente,
es muy grande mi dolor,
consuélanos, Dios clemente,
consuélanos con tu amor.

CONSUELO

Yo no sé a quien acudir
en medio de pena tanta,
a todos veo sufrir.
¡Consuélanos, Virgen Santa!

LUCÍA

Sin poderlo remediar,
querida amiga Consuelo,
no hacemos sino llorar,
parece estamos de duelo;
según mi modo de ver
no es de dolor este día,
es momento de placer
y de inefable alegría.
De regocijo y contento,
querida amiga Consuelo,
porque Inés se va al convento
que es la antesala del cielo.
Desechemos la tristeza
el dolor y la amargura,
veamos con fortaleza
entrar a Inés en clausura.

ESCENA IV

(Márchanse todos menos el Marqués)

MARQUÉS

Dios te ilumine, hija mía,
adios, paloma inocente,

Dios sea tu norte y tu guía.
Él sea tu Esposo indulgente.
Me siento desfallecido;
más no puedo resistir.
¡Mi Dios del cielo querido!
Me siento casi morir:
me diste un ángel, Dios Santo,
para endulzar mi existencia,
¿por qué me pruebas hoy tanto?
ten, pues, de mí ya clemencia.
Adios, adiós, mi ilusión,
mi querida y dulce Inés,
hija de mi corazón,
¿te volveré á ver después?
¿Qué me ocurre, santo cielo?
Tengo yo un presentimiento
que me causa gran desvelo,
que me causa gran tormento.
No sé lo que puede ser,
pero sufro horriblemente.
¿Te volveré, Inés, a ver?
¡Piedad, piedad, Dios clemente!
Vengo sufriendo ya tanto...
Tengo esta idea tan fija...
Mas... voy a enjugar mi llanto,
porque allí vuelve mi hija.

ESCENA V

(Vuelven todos acompañando a Inés.)

INÉS

¿Qué haces tan solo, papá?
No quiero verte afligido,

pues mi amor tuyo será:
jamás te echaré en olvido.

MARQUESA

También yo siento, hija mía,
hondo pesar y amargura;
contigo gustosa iría
a encerrarme en la clausura.
Al despedirme de tí
se me arranca el alma entera;
ruega, Inés, a Dios por mí,
ruega al Señor que no muera
de la pena y sentimiento
de tan triste despedida
del dolor que experimento
por tu amor, hija querida.
Adiós, adiós, hija mía
tiende, paloma, tu vuelo:
adiós, adiós, mi alegría,
adiós, adiós, hasta el Cielo.

CONSUELO

Inés, mi querida amiga,
la escena que estoy mirando
me produce gran fatiga:
y por eso estoy llorando.
Y tan sincero es mi llanto
por tu triste despedida,
que por quererte yo tanto
me encuentro hoy desfallecida.

LUCÍA

Mi dulce amiga de infancia,
cara Inés, amiga mía,
siempre admiré tu constancia,

tu valor y bizarría;
tu virtud acrisolada
en las luchas de la vida:
adiós, Inés adorada,
adiós, amiga querida.

DONCELLA 1.ª

Aunque humildes servidoras
tenemos gran sentimiento
lo mismo que las señoras
en este fatal momento.
Por eso vertemos llanto,
señorita Inés, querida,
y si lloramos hoy tanto
es por vuestra despedida.

ESCENA VI

(Inés se despide de todos).

INÉS

Papá querido,
mamá del alma,
pedid la calma
al Dios de amor.
Mientras yo pido
al Cielo santo
que enjugue el llanto
de tal dolor.
¡Oh, padre amado!,
ten entendido
que no te olvido
nunca jamás.
Y a tí tampoco
madre querida,
luz de mi vida:

No llores más.
Porque si os dejo
tan desolados
y contristados
hoy a los dos,
sabed que nunca
esto yo haría
ni os dejaría,
si no es por Dios.
Fieles amigas,
desde la infancia,
tened constancia
en la virtud;
que en este mundo
luego peligra
y se denigra
la juventud.
Yo os agradezco
vuestros anhelos,
vuestros desvelos,
vuestra piedad.
Y nunca olvido,
caras amigas,
vuestras fatigas,
vuestra lealtad.
Ni a mis doncellas
tan cariñosas,
tan hacendosas,
olvidaré.
Y en mi memoria
las impresiones
de sus acciones

conservaré.
Hoy ya del mundo
yo me separo
bajo tu amparo,
Dios de bondad.
Y en adelante
tan sólo quiero,
sólo prefiero
la soledad.
Adiós ¡oh mundo!,
tus ilusiones,
tus diversiones,
no quiero ya.
Eres sirena
que engañadora
y halagadora
cantando está.
Sólo tu gracia,
mi Dios querido,
sólo te pido
por caridad.
Y al encerrarme
yo en la clausura
sea santa y pura
por tu bondad.
Dejo las galas
con mil amores
y los hervores
de amor carnal.
Pues sólo quiero
ya engalanarme
y ataviarme

con el sayal.
Y, pues, no anhelo
ya otro reposo
sino a mi Esposo
Cristo, en la cruz,
quiero ponerme,
modestamente,
sobre mi frente
negro capuz;
y cuando suene
en aquesta vida,
de mi partida,
la hora final,
sea mi lecho
mísera caja
y mi mortaja
tosco sayal.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

MARQUÉS Y MARQUESA

MARQUÉS

Desde hace ya más de un mes,
¡cosa extraña, Serafina!,
no ha vuelto a escribir Inés,
y esto me da mala espina.
Me preocupa en gran manera;
mucho me da en qué pensar,
sabiendo lo que Inés era:
no hago más que cabilar
si la vida de clausura,
que es vida mortificada,
probará a esa criatura,
que de sí ya es delicada.
Sólo esto ya me faltaba
para aumentar mi tormento:
que la hija que yo adoraba

enfermase en el convento.
Lejos del hogar paterno,
sin halagos ni delicias
sin el amor puro y tierno
de maternales caricias.
Comprendo que son muy buenas
y amantes las religiosas
mas no circula en sus venas,
aunque sean muy cariñosas,
la sangre que obliga a amar
con afecto tan profundo
la sangre que hace engendrar
un cariño sin segundo.

MARQUESA

Pero, Fernando, querido,
no te atormentes así,
sé más paciente y sufrido,
no me atormentes a mí,
¿Pues quieres que no me aflija
con tu modo de pensar?
Yo bien sé que nuestra hija
jamás nos puede olvidar.
Por mi mente no ha cruzado
esa idea tan fatal:
que Inés nos haya olvidado
o que Inés se encuentre mal.
Yo me figuro, Fernando,
(y esto es mi firme opinión)
que Inés se está preparando
para hacer su profesión.
Y preocupada hoy su mente
con los asuntos del cielo,

no juzga muy conveniente
atender los de este suelo.
Porque de no ser así
sería una gran sorpresa
y un disgusto para mí
el que la madre abadesa
no hubiera escrito avisando,
siquiera por caridad;
por eso digo, Fernando,
que no hay tal enfermedad.
Tengamos gran confianza,
gran fe tengamos los dos,
y, pues, la fe todo alcanza,
pidamos a nuestro Dios
que nos deje ver el día
y el anhelado momento
de acudir con alegría
a la iglesia del convento.
Cuando Inés embelesada
y libre de viles lazos
sea por Dios sublimada
y la reciba en sus brazos.
Como esposa muy querida,
como esposa predilecta,
como esposa agradecida,
como esposa muy perfecta.
¿Cuándo llegará el momento
en que con grande ilusión
podamos ir al convento
para ver la profesión
de esa hija tan querida,
de esa hija tan amada,

de esa hija de mi vida:
de sor Inés adorada?

ESCENA II

(Los mismos y la doncella 1.ª)

DONCELLA 1.ª

¿Dan los señores permiso
para pasar un momento?
Pues ha venido Narciso:
el criado del convento
donde está la señorita;
y en la mano me ha entregado
con urgencia esta cartita:
y al instante se ha marchado.

MARQUÉS

Dame la carta, Teresa:
quiero leerla enseguida.
(Se fija con ansia en el sobre.)
La letra es de la abadesa.
¿Qué será, Dios de mi vida?

MARQUESA

(Esperando también con ansiedad la lectura de la carta.)
No tardes, por Dios, Fernando.
No tardes mucho en leer.
¡Virgen Santa, estoy temblando!
No sé lo que puede ser.

MARQUÉS

(Abre la carta y la lee en voz alta y temblorosa.)
«Mis señores Marqués y Marquesa:
De dolor saturada mi alma,
y cumpliendo un deber de abadesa,
quiero hablaros con plácida calma.

Entre el coro de vírgenes bellas,
entre tantas esposas de Cristo,
aunque muy buenas son todas ellas,
como Inés yo jamás otra he visto.
Era humilde y también candorosa;
era pura y a más obediente;
era afable y también cariñosa;
era buena, sufrida y paciente.
Aunque noble nacida en la cuna
y de un porvenir tan brillante,
la pobreza observó cual ninguna,
de virtud fué un modelo constante.
Era un ángel de castos amores,
que a las monjas causaba delicias;
con su amor, esperanza y fervores
alentaba en su fe a las novicias.
Mas el Dios bondadoso y clemente
que a esta niña en el claustro velaba
con amor y con paz sonriente
con amor hacia sí la llamaba;
y pues ya de mis labios brotó
la noticia funesta y fatal,
y mi pluma en la carta apuntó
que ha llegado su hora final,
y que Inés ya del mundo ha partido,
solo quiero indicaros, señores,
que ese ángel al cielo ha subido
a cantar de su Dios los amores.
Y que en medio del luto y el llanto
que nos ha ocasionado su muerte,
nos embarga ya un júbilo santo,
y las monjas envidian su suerte.

Mis señores del alma queridos,
por la muerte de Inés no lloréis,
contened vuestro llanto y gemidos
que en el cielo ya un ángel te-
[néis.
Fué su muerte cual plácido sueño,
fué su muerte cual dulce reposo,
despertando en los brazos del Due-
[ño,
de Jesús, su dulcísimo Esposo.
En lugar solitario y sombrío,
el cadáver de Inés yace inerte,
el cadáver de Inés yerto y frío,
con el sello que imprime la muerte.
A su vera y postradas de hinojos
murmurando plegarias propicias
y en el suelo clavados sus ojos,
suspirando allí están las novicias.
Si queréis presenciar esta escena,
mis señores Marqués y Marquesa,
os espera mañana con pena
os espera la Madre... Abadesa.

MARQUÉS

Se cumplió, por fin, Marquesa
mi fatal presentimiento:
que venga al punto Teresa;
quiero partir al momento.

MARQUESA

Lo mismo estaba pensando;
¡hija mía de mi alma!
Iré contigo, Fernando,
pues vacila ya mi calma.

ESCENA III

(Los mismos y la doncella 1.ª)

DONCELLA 1.ª

¿Qué me manda mi señora
que al punto luego lo haría?

MARQUESA

Que avises, Teresa, ahora
a Consuelo y a Lucía

MARQUÉS

Dile también a Clemente
que enganche enseguida el coche,
que deje todo corriente
para marchar esta noche.

DONCELLA 1.ª

Voy enseguida, señores,
sin perder un solo instante.
¡Ay, Dios mío, qué sudores!
Necesito ya un calmante.

(El Marqués y la Marquesa permanecen por unos instantes en silencio y pensativos, hasta que oyen llamar a la puerta.)

MARQUÉS

Me parece que han llamado.
¿No has oído, tú, Marquesa?
¿Si será que habrá llegado
nuestra doncella Teresa?
Pase quien llama adelante.

ESCENA IV

(Los Marqueses y Consuelo y Lucía que abrazan a la Marquesa y tienden la mano al Marqués.)

CONSUELO Y LUCÍA

Somos Lucía y Consuelo;
hemos venido al instante
a tomar parte en el duelo
por la que fué nuestra amiga
y amiga tan verdadera
que no sé comó lo diga:
mas que amiga... hermana era.

MARQUESA

¡Consuelo del alma mía!

CONSUELO

Tened gran valor, Marquesa.

MARQUESA

¡Querida amiga Lucía!

LUCÍA

¡oh que nube tan espesa!
se cierne hoy en este hogar;
todo es aquí hoy luto y llanto,
todo es gemir y rezar.
Desolación y quebranto.
Hace ya unos cuantos meses,
(nada os quise antes decir
¡oh mis queridos Marqueses¡)
cuando se fué á despedir
Inés de nosotras dos,
recuérdalo bien, Consuelo,

al decirnos ella adiós,
adiós adiós hsta el cielo
Con acento iluminado
de divina inspiración
que me quedó bien grabado
adentro en el corazón...
adiós, dijo, amigas mias,
y sonriente añadió:
¡ cuán breves serán mis días!
fué el cielo quien la inspiró.
Fué aquello una profecía
que jamás pude olvidar:
para mí es, que Iués quería
su vida a Dios ofrendar
Y el Eterno complacido
de oblación tan fervorosa
hoy para sí la ha escogido
por su amante y fiel esposa.

ESCENA V

(Marqués, Marquesa, Consuelo, Lucía y doncellas 1.ª y 2.ª)

DONCELLA 1.ª

¿Se puede, señor Marqués?

MARQUÉS

¿Qué ocurre?¿quién ha llamado?

MARQUESA

Es la doncella ¿No ves?

DONCELLA 1.ª

El coche está preparado

MARQUÉS

marchémonos ya, Marquesa;

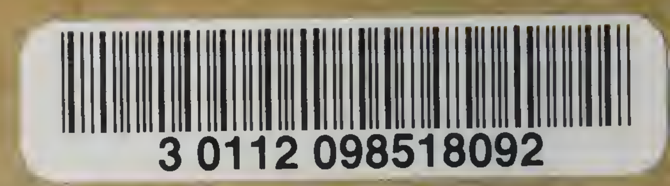
venid, Consuelo y Lucía.
¡Oh, que nube tan espesa!
¡¡¡Inés, Inés, hija mía!!!

ESCENA FINAL

(Aparece en el escenario una caja mortuoria con cuatro velas encendidas en los extremos; alrededor del féretro la Madre Abadesa y varias novicias con velo blanco, arrodilladas y en actitud de orar, y frente al féretro el Marqués, Marquesa, Consuelo y Lucia, todos arrodillados como los anteriores y en actitud suplicante y lacrimosa. Esta escena se verifica toda en silencio.)

FIN DEL DRAMA

Monforte y Septiembre 1918.



Imprenta de las Escuelas
— Pías de San Antón —